

maun estuvo paralizado de su pierna y despues de sus brazos; los ciudadanos le llevaban en litera al Consejo y á las asambleas. Y allí, aquella boca moribunda se abria aun, no para hablar de sus padecimientos sino para los de sus compatriotas. En fin, aquel cuerpo empobrecido que se habia eternizado todo lo que pudo para hacer la felicidad de su patria, devolvió su alma á Dios y su polvo á la tierra. Pero su estatua, construida á expensas de todos, se erigió en medio del Mercado.

Sebastian Larnelle, su amigo y émulo, le sucedió.

— ¿Sebastian Larnelle, aquel que fué asesinado tan trágicamente en el banquete de Warfusée? pregunté yo.

— El mismo, me respondió el señor de Polain.

— Referidme entonces la historia de Sebastian Larnelle, si os agrada.

— Héla aqui.

Es el señor Polain quien continúa hablando.

EL BANQUETE DE WARFUSÉE.

Algun tiempo antes de la muerte de Beckmaun, y por consecuencia antes que Larnelle fuese burgomaestre, un extranjero habia ido á buscar asilo á la ciudad de Lieja; muchos rumores habian corrido acerca de él, porque era un noble señor llamado el conde René de Warfusée, que habia sido ministro de Hacienda de Felipe IV en los Países Bajos. Unos decian que habia dilapidado odiosamente los fondos que le habian sido confiados, arruinado las rentas del Estado, y empeñado las alhajas de la corona, de modo que se habia visto obligado á abandonar de noche á Bruselas, donde despues de su partida habia sido ejecutado en estípite. Decian otros que tenian ante sí una de esas grandes victimas del odio de los poderosos, y en

lugar de ver en Warfusée un culpable, le miraban como un mártir.

Sebastian Larnelle era del número de estos últimos: habiendo tenido sin cesar que luchar contra los grandes, sabia cuán obediente les estaba la calumnia, y no era de los que habian insistido menos para que, á pesar que las reclamaciones de Felipe IV, se mantuviese el derecho de asilo en favor del conde René de Warfusée.

Warfusée calculó que el emperador seria un excelente intermediario entre él y Felipe IV, y que si conseguia desembarazar á Fernando de su enemigo, Fernando no tendria por su parte nada que negarle.

En consecuencia, escribe á Fernando de Baviera que se tramaba un gran complot para entregar á los Franceses la ciudad y el país de Lieja, y que los jefes de ese complot eran Sebastian Larnelle y el abate Mouzon, embajador de Luis XIII cerca de la buena ciudad. Fernando nada cree, pero no tiene necesidad de creer; un asesinato es siempre un asesinato, aun cometido por un obispo; alguna vez le ha pesado el de Beckmaun, y aprecia tanto como otro su parte en el de Larnelle. Envía, pues, á René de Warfusée un antiguo fraile secularizado, llamado Grandmont, á quien ha hecho capitán de sus guardias: Grandmont lleva á Warfusée plenos poderes de Fernando. Estos dos hombres debian

entenderse: el uno habia renegado del honor, el otro habia renegado de Dios.

El 12 de abril de 1657, Sebastian Larnelle recibió una invitacion para que fuese á comer á casa de René de Warfusée; aceptó. A esta comida estaba invitado tambien el abate Mouzon, embajador de Francia, el baron de Saisans y algunas otras personas.

Muchos amigos del burgomaestre, que veian con dolor la union de un hombre de crédito tan puro con otro de quien habia corrido tan fatal acusacion, intentaron convencer á Larnelle de que no fuese á aquella comida; y aun llegaron hasta hablarle de una traicion posible. Se habia visto á Grandmont entrar en casa del conde, y le habian visto salir; se le conocia por la espada, ó mas bien, por el puñal de Fernando. Intentaron, pues, intimidar al burgomaestre con sospechas y presagios, pero era hombre de alma firme, que no creía mas que en el honor humano y en la justicia divina; así que recibió con sonrisa todo lo que le expusieron, y el sol del 16 de abril, sol de primavera, lleno de calor y de vida, salió sin que le hubiesen podido hacer cambiar de resolucion.

A la hora de comer, el conde de Warfusée envió su carruaje al burgomaestre; mas este, queriendo aprovechar tan hermoso dia, salió á pié, acompañado de dos hombres de su guardia; uno de ellos

dejó á su amo á la puerta de la casa, el otro entró con él: el que entró se llamaba Jasper.

El conde René de Warfusée estaba sentado en el patio de su casa, bajo una extensa galería que le circuía. Al ver al burgomaestre, iluminó su rostro, ordinariamente sombrío, un rayo de alegría; despues, adelantándose hácia Larnelle, le abrazó, como tenian entonces costumbre de hacer los amigos, aun despues de una corta ausencia. Por lo demás, era esta una costumbre antigua. Cuando Judas abrazó á Jesús, aun no hacia dos horas que le habia vendido.

En seguida, volviéndose hácia el guardia del burgomaestre:

— ¡Oh! ¡oh! estás aqui, Jasper, le dijo; siempre fiel á tu amo.

Jasper se inclinó.

— Comida excelente harás hoy, camarada, porque creo que no economizarás los brindis á nuestro burgomaestre.

Jasper se inclinó segunda vez en señal de asentimiento, porque Jasper jamás se negaba á beber; pero bebia dos veces mas cuando lo hácia á la salud de Larnelle.

Despues del burgomaestre, llegaron sucesivamente los canónigos Nyes y Kerkhem, el abogado Marchand, el chantre de la iglesia de San Juan, el abate Mouzon, el baron de Saisans, y en fin, la

señora de Saisans y su hijo, que no tenia mas que nueve años.

Habiase colocado la mesa en una sala baja que tenia ventanas estrechas y con rejas; los criados esperaban en la habitacion inmediata antes del comedor con toallas, aguamaniles y jarrones. Fuéronse lavando todos los convidados, y en seguida entraron en el comedor. Warfusée se sentó de modo que tuviera la puerta tras de sí, á su izquierda al abogado Marchand y á su derecha á la señora de Saisans. Larnelle y el abate Mouzon se sentaron frente á él; los demás convidados ocuparon puesto segun su capricho, su posicion, ó en fin, la opinion que de sí mismos tenian. Jasper permaneció en pié detrás de su amo.

La comida era abundante y rica en vinos extranjeros y en manjares extraños, como es propio de un señor que trata á tan nobles huéspedes. Al fin del primer servicio, el conde mandó llevar copas; despues, habiendo llenado tantas como convidados habia:

— ¡A la salud del rey de Francia! dijo volviéndose al abate Mouzon, quien respondió á su cortesía con un saludo, bebiéndose cada uno su vaso á la salud de Luis XIII.

Momentos despues que los convidados habian correspondido á su anfitrión, un ayuda de cámara de toda la confianza del conde, llamado Goberto,

entró en el salon, y se acercó á hablarle al oido. Lo que iba á decirle era que los soldados de la guarnicion española, de quienes necesitaba para consumir el asesinato, habian llegado de Naivagne, habian encontrado en la ribera de Beujards el barco que tenia orden de esperarlos, y acababan de introducirse en la casa por una puertecita que daba al rio. Goberto tenia seguridad de lo que decia, porque era él mismo quien habia abierto aquella puerta y la habia cerrado despues que hubieron entrado por ella. Cuando acababa de decir estas palabras, un hombre de elevada estatura, vestido con un jubon de mangas anchas de terciopelo, y con la espada desnuda en la mano, apareció en el dintel, se aproximó á Warfusée, y tocándole en el hombro con su dedo :

— Héme aquí, dijo.

Warfusée se volvió y reconoció á Grandmont, los convidados reconocieron tambien al antiguo fraile secularizado, y esta aparicion no les presagió nada bueno.

— ¿Dónde están vuestros hombres? preguntó Warfusée.

— Detrás de mí.

— Entonces, hacedlos entrar.

Grandmont hizo una seña, y unos veinte soldados se lanzaron en el comedor, rodeando á los convidados, mientras que otros aparecian en las

ventanas y los amenazaban á través de las barras.

— ¿Qué es esto, señores? exclamó Larnelle admirado poniéndose de pié en su sitio, ¿qué significan esos hombres?

— Estos hombres significan, respondió riendo Warfusée, que habeis bebido hace un momento á la salud del rey de Francia, y que ahora vais á beber á la de S. M. el emperador y de S. A. el príncipe de Lieja. Y como nadie respondiese :

— ¡Ah! ¡hé ahí cómo correspondéis á mi brindis! continuó. Entonces, señalando á Jasper :

— Echad mano á ese bravo, dijo. Los soldados obedecieron.

— Está bien.

— Ahora, continuó, haced lo mismo con el burgo maestre.

— ¡Cómo! ¿yo tambien, monseñor? exclamó Larnelle.

— Sí, á tí, dijo el conde Warfusée; á tí y al abate de Mouzon y al señor de Saisans.

— ¿Dónde está el abate Mouzon? preguntó Grandmont que no le conocia.

— Héme aquí, dijo el abate con voz firme y levantándose. Mas vos respondereis al rey mi señor, no solo de lo que se me haga á mí, sino de lo que se hiciere al último de los convidados con quienes tengo el honor de encontrarme, aun á este niño,

añadió dirigiendo su mano hácia el hijo del señor de Saisans.

— Está bien, está bien, dijo Warfusée, yo sé lo que tengo que hacer. Entonces hizo seña de que condujesen fuera del salon á Jasper y Larnelle; en seguida, cuando estuvo ejecutada esta orden:

— Señores, continuó, sabreis que he hecho todo esto por orden de S. M. I. y de S. A. el príncipe Fernando; por bastante tiempo han sufrido los desórdenes que se cometen en esta ciudad á instigacion del insensible á quien acabo de hacer prender. Los Liejeses son caballos desbocados, y haré de tal modo, que volverán por su propia voluntad á obedecer á la brida, aunque por premio de mis esfuerzos viese perecer á mi hijo, que es prisionero del rey de Francia.

Dichas estas palabras salió seguido del abogado Marchand, del canónigo Litermaus y del capitán Grandmont, dejando á los prisioneros bajo la custodia de los soldados. En cuanto llegó al patio vió á Larnelle, al que tenian sujeto por el cuello cuatro ó cinco españoles.

— ¡ Ah traidor! exclamó dirigiéndose á él y amenazándole con el puño, al fin te arrancaré hoy del pecho el corazón.

— ¿ Y en qué os he ofendido yo, caballero? preguntó Larnelle con la mayor calma. ¿ Me habeis

convidado á comer con vos para asesinar-me? Pues eso es infame.

— ¡ Cuerdas, cuerdas! exclamó Warfusée; ¡ cuerdas! que le aten.

No se encontraban cuerdas y un soldado dió sus ligas.

El mismo Warfusée se puso á atarle apretando las muñecas del burgomaestre hasta hacerle saltar la sangre.

— Señor conde, exclamó de nuevo Larnelle mientras le ataban, en nombre del cielo os suplico me digais qué es lo que os he hecho.

Pero Warfusée continuaba su tarea sin responderle, y cuando hubo concluido:

— Ahora, dijo, pide á Dios merced porque vas á morir; dirigiéndose en seguida á Goberto, corre á buscar un fraile para que le confiese, le dijo en voz baja, y vuelve inmediatamente. Y dirigiéndose á los Españoles, les mandó condujesen á Larnelle á un salon del piso bajo, lo que ejecutaron al punto.

Warfusée continuó paseándose por el patio con el abogado Marchand, quien temblando por sí mismo, le hacia no obstante algunas observaciones, á las que no respondia sino presentándole cartas del emperador y del conde Fernando, en las cuales probablemente se le ordenaba la muerte de Larnelle. Cuando estaban en esta discusion, volvió

el ayuda de cámara con dos religiosos dominicos: él mismo fué á la puerta, y les abrió.

— Padres míos, les dijo, el burgomaestre Larnelle está allí; os suplico vayais á confesarle, porque va á morir por orden de S. M. I.

— ¡ Confesar al burgomaestre, monseñor! Nos es imposible, respondió uno de los frailes: no hemos recibido poder ni permiso de nuestro superior.

— ¡ Pues bien! Entonces, exclamó Warfusée, morirá sin confesion, eso es todo: ¡ que le maten!

Entonces los dos frailes, Marchand y el canónigo exclamaron á una voz:

— ¡ Monseñor! ¡ Monseñor! ¡ En nombre del cielo! ¡ Gracia para el burgomaestre!

Mas Warfusée sin escucharlos, y como un hombre presa del delirio, repitió de nuevo: ¡ que le maten!...

— Monseñor, dijo el abogado Marchand, si no es por él, que sea por vos: Larnelle es muy querido del pueblo y pudiera sucederos alguna desgracia.

Pero Warfusée sin darle oídos, continuó gritando como un insensato: ¡ que le maten! Tanto, que los convidados le oían desde el salón donde estaban.

Entonces Grandmont, aproximándose por última vez al conde y tan tranquilo como este estaba exasperado:

— ¿ Es efectivamente vuestra voluntad que muera monseñor? le dijo.

— ¡ Que le maten! ¡ que le maten! volvió á repetir Warfusée.

— Está bien, repuso Grandmont, é inclinándose se entró en la casa y fué á transmitir la orden del conde al soldado que custodiaba el cuarto de Larnelle: entonces el soldado entró en el salón y aproximándose á Larnelle:

— Señor burgomaestre, dijo el soldado, ¡ por orden del conde es preciso morir!

— ¡ Oh! exclamó Larnelle levantando al cielo sus manos atadas: hé aquí la recompensa de los servicios que le he prestado; amigos míos, les dijo, vosotros podríais salvarme.

— ¡ Ay! replicaron los guardias, nosotros no somos mas que pobres soldados, señor burgomaestre; nuestras armas pertenecen al que nos las ha dado, y cuando manda herir, herir nos es preciso.

— Pero, replicó Larnelle, ¿ tendríais acaso bastante corazón para herir á un hombre sin defensa, que tiene las manos atadas y que no ha cometido ningún crimen?

Los soldados se miraron vacilando, y en seguida uno de ellos, moviendo la cabeza:

— Señor burgomaestre, le dijo, tenemos que obedecer á nuestros jefes; ¡ pluguiese á Dios estuviérais lejos de aquí!

— Despachad, gritó Warfusée, que concluya esto.

— Al menos, ¿no me será permitido confesarme? preguntó Larnelle.

— Han hecho venir á dos frailes, respondió un soldado; es posible que sean para vos.

— Amigo mio, dijo Larnelle, id á verlos, os lo suplico.

Habia tal acento de bondad y resignacion en la voz de Larnelle, que un soldado bajó al punto y volvió á subir momentos despues con uno de los frailes.

— ¡ Ah! señor burgomaestre, dijo el fraile entrando, ¡ qué horrible catástrofe!

— ¿ Me es preciso, pues, morir, padre mio? preguntó Larnelle; ved al menos al conde y tentad el último esfuerzo.

— ¡ Oh! con toda mi voluntad, dijo el fraile.

Y bajó precipitadamente, y fué á ver al conde; pero no pudo sacar de él mas que estas palabras:

— El señor Sebastian Larnelle nos ayudará hoy á reconciliar á los ciudadanos con el príncipe.

El fraile se arrojó á sus piés y le suplicó por todos los santos, pero Warfusée permaneció inflexible.

Volvió el fraile á la prision y presentando un pequeño crucifijo á Larnelle:

— Pensad en Dios, le dijo, señor burgomaes-

tre, porque solo Dios puede socorremos en este momento.

— ¡ Ay! ¡ ay! dijo Larnelle, cuando me quedaban aun tantas cosas que hacer para la felicidad de mis conciudadanos! Será preciso, pues, que muera miserablemente aquí.

Dichas estas palabras se puso de rodillas y comenzó su confesion: era esta la de una alma pura, cuya vida entera se habia consagrado al bien; así, cuando el fraile le dió la absolucion, era el fraile el que lloraba.

Larnelle abrazó al buen dominico, y este salió.

Designáronse inmediatamente tres soldados para matar al burgomaestre; mas viendo que permanecian en su sitio:

— ¡ Y bien! les dijo el conde, ¿ no habeis oido?

— Sí tal, respondió uno de los soldados; sí tal, monseñor, pero es que mejor querriamos morir nosotros que matar á un hombre que no nos ha hecho nada!

— Goberto, exclamó el conde volviéndose hácia el ayuda de cámara, no hay nadie mas que tú que me infunda confianza. ¡ Vé!

— Monseñor, respondió Goberto moviendo la cabeza, encargado á otro esa tarea, yo no soy un verdugo.

— ¡ Oh ! ¡ Pardiez ! dijo Grandmont ; ¡ tanto escrúpulo para semejante bagatela !

Y encogiéndose de hombros fué á elegir entre los demás soldados tres hombres de su confianza, y volviendo junto al conde :

— Ved aquí, monseñor, tres hombres como los que necesitáis.

Entonces Warfusée sumamente alegre los condujo hasta la puerta de la habitacion donde estaba encerrado Larnelle ; allí les dió un bolsillo lleno de oro, que los soldados repartieron entre sí. Larnelle oyó el ruido de aquel oro y comprendió que era preciso resignarse á morir puesto que su muerte estaba pagada.

Grandmont abrió la puerta, y los tres soldados, entrando como furiosos, se precipitaron sobre Larnelle, y casi al mismo tiempo le hirieron con cuatro cuchilladas ; mas las heridas estaban hechas con sablecitos cortos con los que adelantaban poco, y como les importunaban los gritos del desventurado burgomaestre á quien no podían rematar :

— ¡ Pardiez ! dijo uno de ellos, jamás concluiremos con semejantes armas ; necesitamos una buena espada.

Grandmont les prestó la suya, y al segundo golpe de aquella espada, que recibió en el pecho, espiró Larnelle.

Los otros convidados continuaban con guardias

de vista en el comedor ; de repente oyeron las blasfemias de los soldados y los moribundos gritos de Larnelle.

— ¡ Ah ! El traidor, exclamó el abate Mouzon, hace asesinar al burgomaestre.

En aquel momento entraron los dos frailes y confirmaron aquella triste nueva ; iban seguidos de Warfusée.

— Sí, dijo el conde á los convidados estupefactos, sí, señores, el burgomaestre ha muerto, ha muerto confesado y arrepentido de sus culpas ; ha muerto despues de haber resignado su voluntad en manos de Dios y pedido perdon al emperador y á S. A.

— ¡ Mientes ! exclamó el señor de Mouzon, el burgomaestre podia morir sin pedir perdon á nadie ; solo un malvado como tú pedirá perdon cuando te llegue tu dia ; pero no él.

Iba á replicar Warfusée, cuando Grandmont le tocó en el hombro y le dijo algunas palabras en voz baja. Al oír aquellas palabras, palideció el conde y se retiró precipitadamente con Grandmont ; á los cortos momentos volvió Grandmont y llamó al canónigo Kerkhem y al canónigo Nyes ; ambos salieron dejando á los demás convidados ignorando como ellos porqué eran llamados.

Lo que habia ido á decir Grandmont al conde era que comenzaba á manifestarse en la ciudad

cierta agitacion; y en efecto, se habia esparcido el rumor de que soldados españoles (y el pueblo tenia una eterna desconfianza en estos extranjeros) habian atravesado el Mosa por detrás de San Juan y los habian visto entrar por una puerta excusada en la casa de Warfusée. Y como uno de los parientes del burgomaestre, que se encontraba en el grupo donde se conversaba de aquel acontecimiento, recordó que aquel dia comia Larnelle en casa del conde, y hubiese calculado que aquellos soldados pudieran muy bien haber sido llamados por él para apoderarse de Larnelle, comunicó sus sospechas á los que le rodeaban; aquellos á quienes se dirigia, participando de sus temores, corrieron inmediatamente con él á la plaza de San Juan, donde estaba situada la casa y donde hacia algun rato se oia un gran tumulto en el interior. Encontraron allí cierto número de ciudadanos que se preguntaban de dónde podria proceder aquel ruido; este era un nuevo indicio de que pasaban en aquella casa sospechosa cosas extraordinarias; por tanto el primo de Larnelle se puso al punto á llamar con todas sus fuerzas. Al oír cómo resonaba el llamador, el mismo Grandmont corrió á la puerta y preguntó á través de la mirilla qué querian.

— Queremos saber, respondió el primo de Larnelle, sin de dejar llamar, si el señor burgomaestre está ahí dentro.

— Sin duda está aquí, respondió Grandmont. Y qué?

— ¿Y qué? Queremos hablarle, abridnos.

— ¡Oh! ¿no es otra cosa? replicó el apóstata; nadie mas que el conde tiene la llave de la puerta y voy á buscarle; tened paciencia.

Como no habia nada que los tranquilizase en todo esto, los ciudadanos tuvieron paciencia como se les habia pedido, mas enviando al mismo tiempo por todas las calles de la ciudad mensajeros encargados de propalar que el burgomaestre estaba en peligro.

Entonces era cuando Grandmont habia ido á avisar al conde.

Aproximáronse los dos á la puerta, y Warfusée la abrió por sí mismo, hizo entrar al pariente de Larnelle y otros cuatro ciudadanos, y les preguntó qué les llevaba allí.

— Dispensadnos, señor conde, dijo el pariente del burgomaestre, pero se ha esparcido el rumor de que algunos soldados españoles se habian introducido en vuestro palacio, y en este caso hemos temido por la seguridad del burgomaestre.

— Tranquilizaos, señores, respondió Warfusée, porque soy yo mismo quien ha traído esos soldados.

— Pero ¿con qué intencion, señor conde? preguntaron los ciudadanos, porque con razon ó sin

ella, ya sabeis que miramos á esos soldados como enemigos nuestros.

— Escuchad, señores, dijo Warfusée mirando en derredor suyo, y viéndose apoyado por los Españoles, es preciso concluir. ¿Quereis ser franceses, españoles ú holandeses?

— Queremos ser hijos de la ciudad de Lieja, y no otra cosa, respondieron los ciudadanos.

— Pues bien, entonces, ¿qué diríais si el burgomaestre Larnelle hubiera querido venderos á los Franceses?

— Diríamos, respondió el primo de Larnelle, que el que lanzase semejante acusacion contra el señor burgomaestre habria mentido!

— Pues bien, señores, dijo Warfusée excitándose cada vez mas viendo la guardia que le rodeaba, sin embargo, así es, tengo las pruebas de ello; por tanto, estais engañados.

— ¿Qué quereis decir?

— Que he recibido del emperador y de S. A., monseñor Fernando, órden para castigar al traidor, y que está castigado ya.

— ¿El burgomaestre está preso?

— El burgomaestre está muerto.

— ¡Imposible! exclamaron los ciudadanos.

— ¿Quereis verle? dijo Warfusée.

En este momento redoblaron los golpes á la puerta.

— ¿Oís, caballero? dijo el primo de Larnelle, desgraciado de vos si habeis dicho la verdad, porque hé ahí la justicia del pueblo que llama á la puerta.

— Señores, señores, gritó á los de fuera uno de los ciudadanos que se encontraba en el patio y temia que antes que la puerta fuera derribada se les jugase una mala partida, señores, apaciguaos y esperad á que salgamos, os diremos todo lo que ha sucedido.

— Señores, exclamó el primo de Larnelle lanzándose á la verja que coronaba la puerta del patio, y dirigiéndose á los ciudadanos, hendid la puerta, el burgomaestre ha sido asesinado y nosotros estamos prisioneros.

Al oír estas palabras, resonó un grito terrible en la plaza, se prolongó por las calles, y volvió como un inmenso rumor, á estrellarse en la casa del conde; casi al mismo tiempo soltó la campana echada al vuelo: era el toque de rebato.

Warfusée comenzó á temblar y palidecer, porque vió que contra él y sus setenta españoles iba á caer la ciudad entera; descompúsose su rostro y expresó el mas vivo terror. Los ciudadanos se aprovecharon de aquel momento para correr hácia la puerta, pero encontraron en ella á Grandmont que cerraba su paso á fin de que nadie saliese, y estaba delante de ella, con su larga espada toda ensangrentada en las manos.

— Perdonad, señores, dijo Grandmont con su calma habitual, mas yo tengo la custodia de esta puerta, y nadie saldrá por ella sino con orden del conde.

— Señores, exclamó Warfusée aproximándose á ellos, voy á abriros, pero á condicion que me conducireis á la presencia del burgomaestre de la Cité.

— Sí, sí, dijeron los ciudadanos, nos comprometemos á ello.

— ¿Sin que se me haga daño alguno?

— Respondemos de vos con nuestra cabeza.

Warfusée buscó en su bolsillo, sacó de él una llave, y se puso á abrir la puerta; mas en aquel momento se posó en su hombro una mano de hierro y le llevó cuatro pasos atrás; era Grandmont.

— Un instante, mi señor, dijo el apóstata, os será muy cómodo, lo creo bien, poner os en seguridad, y dejarme aquí para que pague por vos; mas no será así; desde este momento sois mio como yo soy vuestro, nos pertenecemos el uno al otro; nos salvaremos ó moriremos juntos.

Warfusée exhaló un suspiro, porque conocia que de cualquier manera aquel hombre era mas fuerte que él; cayó pues anonadado sobre un banco.

Grandmont fué á la puerta.

— Ahora, señores ciudadanos, les dijo, si queréis salir, salid; pero acordaos siempre que soy yo quien os abre la puerta.

Los ciudadanos, viendo abierta la puerta, se lanzaron fuera sin responder siquiera á Grandmont.

— Esto es justo, murmuró este entre dientes, cada uno para sí.

Y aprovechándose de que el pueblo estaba ocupado al rededor de aquellos á quienes habia puesto en libertad, volvió á cerrar la puerta y la atrancó con mas cuidado que antes lo estaba.

Durante un momento hubo un rumor tal, que no se pudo oír nada. Al fin, el primo de Larnelle consiguió colocarse sobre un poste, y entonces todos se callaron.

— ¡Ciudadanos de Lieja! exclamó, ¡á las armas! Nuestro señor burgomaestre ha sido asesinado. ¡A las armas! ¡á las armas!

El grito provocador fué repetido al instante mismo por veinte mil bocas; cada uno se precipitó por su lado, y á poco los que se habian armado primero volvieron contra la casa, mientras los demás corrian por las calles gritando:

— ¡Sus, sus, ciudadanos de Lieja! ¡A las armas, á las armas! ¡El señor burgomaestre ha sido asesinado!

Entonces, como una inmensa marea, toda la ciudad chocó contra las paredes del edificio pronunciando horribles imprecaciones de venganza. Los unos se lanzaban contra la puerta con palancas y vigas, los otros se arrojaban á nado á fin de atra-

vesar el brazo del Mosa, y penetrar por los jardines. Warfusée escuchaba todos aquellos ruidos de muerte, como un hombre sentenciado ya; Grandmont le miraba con una sonrisa de compasión.

En aquel momento vió el conde á Jasper, el guardia de Larnelle, y dirigiéndose á él precipitadamente:

— Jasper, amigo mio, le dijo, tú que eres conocido, sube á la verja y díles que el burgomaestre ha sido asesinado porque era un traidor.

Jasper subió á la verja, pero en lugar de decir lo que el conde deseaba:

— Señores ciudadanos, gritó, ¡valor, valor! han asesinado á mi señor, y ahora aquí los teneis temblando.

— No yo, dijo Grandmont.

— ¿Qué estás diciendo, mi buen Jasper? dijo Warfusée.

— Dice que sois un cobarde, replicó Grandmont, y dice la verdad. Entraos, y dejadme defenderme con mis hombres.

Warfusée obedeció.

Grandmont, desembarazado del conde, llamó entonces algunos soldados á su rededor, y se preparó á hacer resistencia.

En tanto, los convidados, encerrados en el salon del piso bajo, oían los alaridos de los ciudadanos, y juzgando por el ruido creciente que las cosas iban

mal para Warfusée, recobraban ánimo, mientras que los soldados, por el contrario, dándose con el codo, mirándose de lado y hablando bajo entre sí, perdían su seguridad. Entonces el señor de Saisans dirigiéndose á ellos:

— Amigos míos, dijo, somos vuestros prisioneros, respondeis de nosotros con vuestras cabezas: custodiadnos bien, é impedid que nos suceda desgracia alguna; protegédnos contra el conde de Warfusée, y por nuestra parte, si los ciudadanos son mas fuertes, os protegeremos de ellos.

— Es cosa convenida, respondieron los soldados, y cerraron por dentro la puerta del salon.

Al mismo tiempo y de repente, se oyó un gran ruido seguido de algunos disparos de fusil; eran los ciudadanos que acababan de escalar las paredes del jardin. Al mismo tiempo resonó en el patio el mismo ruido; era forzada la puerta, y la oleada que batía las paredes comenzaba á entrar en la casa.

Entonces el abate Mouzon se lanzó á una ventana, y viendo llenarse el patio de ciudadanos:

— ¡Señores! gritó, salvadnos! Sebastian Larnelle ha sido asesinado, y nosotros estamos en peligro de morir.

En aquel momento el abate Mouzon sintió que le abrazaban sus rodillas; se volvió á mirar: eran las dos hijas de Warfusée que le estaban implorando.

A su llamamiento, los ciudadanos habian redoblado sus esfuerzos; Grandmont hizo una resistencia desesperada, mas al fin cayó herido de un balazo, y pasaron sobre su cuerpo. En un momento estuvieron rotas todas las puertas; el señor de Saisans, para cumplir su promesa, quiere proteger á los soldados, pero son destrozados antes que haya logrado hacerse oír: el abate Mouzon, para salvar á las hijas del asesino, tiene que cogerlas en sus brazos y llevarlas él mismo hasta el Mosa; aquí las confía á algunos ciudadanos, que las llevan á la casa ayuntamiento.

En tanto, el señor de Saisans ha tomado un arcabuz de manos de uno de los muertos, y se pone á la cabeza del populacho, que dirige, porque espera que acaso Larnelle todavía vive, y que será posible salvarle. Lánzase hácia la parte á donde ha oído los gritos; una puerta está cerrada; empujan veinte brazos; la puerta cede, y ven á Larnelle desfigurado, cubierto de heridas, y completamente muerto.

Ya no es entonces la justicia, ya no es la cólera, es la rabia. Preguntan dónde está el conde, le llaman, le buscan, quieren hacerle pedazos, todos tienen sed de una gota siquiera de su sangre. De repente, de una habitacion donde van á entrar, parte una descarga de fusilería que hiere y mata á muchos ciudadanos. Unos veinte soldados españo-

les están atrincherados en aquella habitacion: una voz los anima á defenderse: esta voz es la de Warfusée. De modo que está allí, no ha huido, le cogerán muerto ó vivo: está bien.

Todos acudèn allí, se oprimen, se apresuran: los soldados españoles hacen otra descarga; los cadáveres obstruyen la puerta; los ciudadanos responden gritando:

— ¡Warfusée, Warfusée!

Entonces uno de los soldados cree hallar un medio de salvarse.

— Si se nos perdona la vida, os le entregamos, grita el español.

— ¡Warfusée, Warfusée! gritan todas las bocas.

— Vedle aquí, exclama el soldado arrebatándole del lecho donde está tendido.

— ¡Amigos míos, amigos míos! grita el conde agarrándose á los colchones.

— ¿Dónde está, dónde está? pregunta el primo de Larnelle, que se lanza dentro de la habitacion.

— Velde aquí, dicen los Españoles, tomad, apoderaos de él.

— ¡Amigos míos! exclama el conde abrazando las rodillas de los ciudadanos, conducidme al Ayuntamiento, á la presencia del segundo burgo-maestre.

— Sí, sí, ven, vamos á conducirte allá, contestan á gritos los ciudadanos que le arrastran.

— ¡Aquí está, aquí está! dicen todos á una voz.

— ¡Que muera, que muera! ¡la muerte al asesino!

En aquel momento los ciudadanos que habian cogido á Warfusée llegaban á la escalera del patio; llenaba este el pueblo que gritaba : ¡muera, muera! Impelieron al prisionero, que bajó rápidamente los escalones y cayó de rodillas; al mismo tiempo se lanza un ciudadano sobre él y le hiere de una estocada. Warfusée arrojó un tremendo grito, quiso levantarse para volver á subir los escalones, mas cuando ponía el pié en el primero, le derribó en tierra un hachazo. Desde aquel momento no se vió ya nada mas : el populacho cayó sobre él como una jauría, le arrancaron los vestidos, le pisotearon, le horadaron el talon, atravesaron por el agujero una correa, y le arrastraron por las calles, cuyo polvo convertia en barro consu sangre : pónese su cuerpo en lo alto de un patíbulo levantado en la puerta del Mercado, córtanle en seguida la cabeza y las manos, y van á clavarlas en las distintas puertas de la ciudad; en fin, queman su cuerpo, y sus cenizas son arrojadas al Mosa.

De este modo se entretuvo el populacho tres dias enteros con aquel cadáver, hasta que ya nada quedó

de él, habiendo desaparecido hecho polvo su último átomo.

En cuanto á Sebastian Larnelle, su cuerpo permaneció expuesto muchos dias con el rostro y pecho al descubierto, á fin de que pudieran verse sus heridas, en la nave de la catedral, á donde hombres, mujeres y niños iban devotamente á rezar sus plegarias : despues se le depositó al lado de su antiguo amigo Beckmaun; y sobre el sepulcro de los dos mártires, los diferentes gremios de oficios, inclinando sucesivamente sus estandartes, juraron en nombre de Dios, de Nuestra Señora y de san Lamberto, patron de la ciudad de Lieja, morir si fuere necesario, como ellos habian muerto, por la conservacion de sus privilegios y libertades.

En 99 se abrió el sepulcro de Larnelle : el cuerpo habia permanecido intacto, en el mismo estado que cuando se le depositó allí mas de siglo y medio hacia.

Lo cual hizo creer á un gran número de gentes, que no solo era un mártir, sino tambien un santo.